

en el confía.

La práctica de esas obras de beneficencia debió estrechar los vínculos que unian al Sr. Hidalgo con sus feligreses, y fué el objeto de su amor y admiración, de que sin duda participaron los pueblos inmediatos á Dolores. El Sr. Hidalgo por su parte contemplaria con la mas pura satisfaccion los adelantos de sus discípulos y el bien estar y fama que él y su pueblo adquirian con la introduccion de varios ramos de industria hasta entonces no explotados. Tales adelantos debieron exitar en el Sr. Hidalgo ideas de orden mas elevado porque sin duda consideró que teniendo los mejicanos tan raras disposiciones para las artes de imitacion, serian rápidos sus progresos cuando no se pusieran trabas al génio ni se conservase la colonia en la inercia y obediencia pasiva. Fijó la vista en la situacion politica del país, y entonces muy amarga fué su pena. Con la perspicacia de un hombre superior, observó los acontecimientos que agobiaban á la Europa; previó las consecuencias de los errores que se cometian en la Nueva España y de la efervescencia de los ánimos, vió que era inevitable una crisis, y animado de un sentimiento energético y patriótico, impropio de su edad tan avanzada, quiso grabar su nombre en las páginas de la historia y en el corazón de los mejicanos y que su hermosa vida empleada en la abnegacion, terminase por un inmortal sacrificio.

Se creyó destinado para ser el caudillo de la revolucion, y á fin de llevar á cabo su plan,

púsose de acuerdo con los hombres mas distinguidos y patriotas y acumulaba los elementos de buen éxito, cuando descubrió el gobierno sus proyectos. Entonces, despreciando el Sr. Hidalgo los riesgos de la empresa, sin armas, sin soldados ni recursos; pero inspirado por el mas vivo entusiasmo y fé en una noble causa, que en todos tiempos ha creado los héroes y los mártires, seguido de un puñado de valientes, enarboló el estandarte de la Independencia Mejicana en la noche, para siempre memorable, del 15 de Septiembre de 1810.

A la voz del Cura Hidalgo estremeciósse la Nueva España del uno al otro confin y multitud de hombres desarmados, sin el menor conocimiento de la guerra ni del número de sus enemigos, abandonaban sus casas y familias para unirse á las banderas del nuevo caudillo, alentados por la desesperacion, y por ese impulso irresistible que se apodera de las masas al principio de las grandes revoluciones.

Cien mil hombres que en pocos dias reunió el Sr. Hidalgo, entran en campaña y vencedores ó vencidos dieron siempre pruebas de valor; y en batallas y sitios, memorables, no pocas veces lograron la victoria al mando del mismo Hidalgo, de los intrépidos Ahlende, Galeana, Abasolo, Matamoros y Jimenez, del gran Morelos, de los bizarros é instruidos Terán y Mina, de los dos Rayones, de los constantes Victoria y Guerrero y de tantos otros denodados campeones.

En esa guerra de once años peleóse por



ambas partes con intrepidez; pero se olvidaron á veces hasta los sentimientos de la naturaleza; vióse á los hijos separarse del lado de sus padres, á los hermanos alejarse unos de otros y á las esposas de sus esposos, para alistarse en contrarios bandos, y corrió á torrentes la sangre mas noble de Méjico: pero de los cadalzos nacian nuevos soldados y brotaban denodados defensores de la libertad. Cubrióse de ruinas y desolacion la Nueva España, y tampoco faltaron entónces acciones generosas y pruebas de abnegacion y magnanimidad, que han merecido un lugar en las páginas de la historia.

En tan larga contienda sucumbieron casi todos los caudillos mejicanos, recibiendo la muerte con el valor de los héroes; y aunque con su sangre, y á costa de tantas lágrimas, conquistóse al fin la Independencia consumada en 1821 por el inmortal Iturbide; porque los grandes bienes no se adquieren sino al precio de costosos sacrificios; y la constancia con que en esa cruda guerra pelearon los mejicanos, nos servirá de ejemplo y aliento para conocer cuán grande es el valor de la Independencia y que si supimos adquirirla emancipándonos del dominio de una nacion á quien debemos la religion verdadera que profesamos, nuestras suaves costumbres y la sangre que corre por nuestras venas, tambien (imitando el noble ardimiento de nuestros padres) podremos, y con mayor razon deberemos, defenderla de los ataques de cualquiera otra nacion que no puede tener iguales títulos á nuestro afecto y simpatías.

Lograda la independencia, entramos en el rango de las naciones libres, disminuimos los impuestos, se fomentó la educacion pública, quitáronse las trabas al génio, y los hombres de mérito que se dedicaban al estudio de las artes y las ciencias comenzaron á ser apreciados, pudimos simpatizar y aplaudir, sin temor, la causa de la libertad y del progreso; celebramos tratados con las naciones extranjeras y abrimos nuestros mercados á su comercio, logrando así la baratura de efectos, abolióse la esclavitud, que ya no mancha nuestro nombre, y adoptamos otras varias medidas (algunas quizá imprudentes) pero que prueban la benevolencia y los sentimientos generosos, de que estabamos animados, en favor de la humanidad y del progreso del pais.

Con semejantes elementos habriamos sido felices; mas por desgracia comenzamos desde entonces á ser víctimas de nuestra inesperienza política y de las intrigas de los que tenian interés en que no nos consolidáramos ni fuéramos respetados.

Os son bien conocidas las causas de nuestra actual postracion; sabeis que hemos adoptado todos los sistemas políticos, con una fé comparable solo con nuestros desengaños sucesivos; que hemos creído en vanas promesas nunca cumplidas: que neciamente fundamos nuestras esperanzas en el cambio periódico de los gobiernos por medio de continuadas revoluciones, que han complicado nuestros males dándonos el ejemplo de una inmoralidad que demasiado imitamos: que en



ese inmenso desconcierto de ideas, nos hemos atrevido á poner en duda hasta los beneficios de la Independencia, del suave influjo de la Religion que profesamos, parodiando además las teorías de los socialistas acerca de la propiedad, y que dando oídos á péfidas lamentaciones, hemos desconfiado á veces, del porvenir de un pueblo nuevo y cristiano, que no envalde ha permitido Dios se hiciese independiente sin el auxilio de otras naciones.

Obsérvese con calma y filosofía la situación del país, y se verá que la educación progresiva, aunque no tanto como era de esperarse: que las ideas mejoran y no faltan hombres que comprendan las necesidades del pueblo y el modo de remediarlas; pero que á pesar de esos elementos y de las propensiones moderadas de las masas, el país ha permanecido entregado á los abusos y á la inmoralidad; debido sobre todo al desaliento é indolencia que se ha apoderado de las clases y corporaciones interesadas en el orden y en el goce de una moderada libertad, que debieran tener para el bien, la actividad y firmeza, con que otros procuran el mal: y refrenar las tendencias de los que solo se ocupan en promover revoluciones, porque tienen interés en conservar el país sumido en el desorden, para medrar con todos los abusos y hacer imposible el establecimiento de la autoridad y de las leyes.

Nuestras continuas revoluciones han impedido la inmigración de extranjeros laboriosos que tan útiles podrían ser para el aumento

de la población y mejora de la agricultura y de las artes; porque temen radicarse en un país en el que no podrán tener reposo y quizá ni garantías. Esa inquietud ha causado nuestro descrédito entre las naciones extranjeras, que nos ven ocupados en vanas disputas y cuestiones personales, que ya nos han hecho el ludibrio de la ambiciosa república vecina, que fomenta nuestra desunion, y se complace en nuestra ruina. Por esa constante y estéril agitación, no se aviva entre nosotros el espíritu de empresa, no pueden dedicarse tranquilamente los propietarios á la apertura de caminos, al cultivo de los campos, á la fundación de poblaciones y mejora de la agricultura; ni los comerciantes establecen sus jiros por cálculos exactos; ningun gobierno puede tampoco dedicarse al fomento de la educación, de las artes y mejoras materiales, ni introducir orden y economía en el erario; porque los revolucionarios le quitan una parte de los recursos con que podría atender á tan útiles objetos y para las necesidades del momento sacrifica el resto en negocios onerosos, que hacen imposible el restablecimiento del crédito. Con tales trastornos todo se paraliza, se enerva la acción de la justicia, quedan impunes los salteadores de caminos y los dilapidadores del erario y no puede dedicarse el ejército á cubrir las fronteras y evitar las incursiones de indios bárbaros, ni aumentar su disciplina y conocimientos que contribuyen á dar respetabilidad á la nación.

Tiempo es ya por lo mismo de poner término al pueril juego de nuestras revoluciones en que á cada paso corremos riesgo de perder la indepen-



dencia y nacionalidad y convénzase el clero, el ejército, los propietarios y los hombres honrados y patriotas de todos los partidos; que tienen la sagrada obligación de unirse y reprimir con su influencia todo conato de revolución, restableciendo el uso de una moderada libertad y que por su posición y la superioridad de sus ideas, ellos están destinados á ser los defensores de los buenos principios y á luchar si necesario fuere, para que no se desmorone esta abatida sociedad.

Afortunadamente rije hoy los destinos de la República, el Ilustre General Santa-Anna, el constante defensor de nuestra nacionalidad, que ha defendido con un brio que merece elejios á las naciones extranjeras y la gratitud de los buenos; ese mismo hombre que tantos desengaños ha sufrido y que mas que ningun otro mejicano tiene una fé viva en el porvenir de nuestro país, purificado, además, por las lecciones de la esperiencia y la desgracia; acudió al llamamiento nacional y se ocupa asiduamente en el restablecimiento del orden y de la moralidad; y puesto que es palpable la energia y anhelo con que está procurando rehabilitar el nombre mejicano, por medio de su política, digna á la par que benévola, con las potencias extranjeras, y que sus medidas tienen por objeto, el hacer respetar la religion, la propiedad y los grandes intereses sociales, enfrenando la anarquía y dictando providencias que no han podido ser reprobadas ni por sus enemigos políticos, y que tambien cuida y se empeña en introducir orden y economía en las rentas públicas, merece contar con el apoyo de todos los hombres sensatos que ya están cansados de trastornos y de vanas promesas. Siendo notoria la buena fé del gobierno déjesele obrar para que realice sus proyectos en beneficio del país: contribuyamos á su consolidacion para que logre calmar las pasiones políticas y pueda dedi-

carse al estudio y remedio de las necesidades sociales; y ya que tantas dificultades tiene que vencer y tantos males que evitar, disimúlense y adviértansele los errores involuntarios que cometa, procurando que sus medidas de rejeneracion sean debidamente secundadas.

Permita el cielo que veamos algun dia á nuestra pátria, marchando por la senda del progreso efectivo, y aumentada su poblacion por una inmigracion extranjera; restablecida la moral, el respeto á la autoridad y á las garantías individuales, acogiendo é imitando, con noble emulacion, los inventos y adelantos de la industria moderna, conviniendo nuestros partidos políticos en la necesidad de defender la Independencia y conservar la religion y la propiedad, primeros elementos del orden; á las clases acomodadas, aliviando en compañía del gobierno, la suerte de los proletarios por todos los medios que sujere la caridad y la verdadera civilizacion, y á los extranjeros, útiles y laboriosos, viviendo contentos entre nosotros bajo la proteccion de leyes que respeten y aprueben.

Así nuestra pátria será grande y feliz y entonces, si fueren despreciados nuestros derechos y se nos quiere imponer una conquista digna de los tiempos bárbaros, nuestra causa merecerá las simpatías de las naciones civilizadas y siempre será glorioso nuestro destino defendiendo con valor y constancia las nobles tradiciones de nuestra raza: la RELIGION, la INDEPENDENCIA y la LIBERTAD.

DIJE.

FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

104878



Folios 104878, 104877

